

Carlos de Foucauld

a

ENRIQUE de CASTRIES

Es ésta tal vez la página más inspirada de todas las escritas por Carlos de Foucauld. Diálogo de inquietud religiosa, como él la sintió en la aventura más maravillosa de su vida. Porque Foucauld fué el hombre de las aventuras singulares, rigurosamente irrepetibles. Pienso en su campaña militar en Orán, donde asombró a sus veteranos y redimió indisciplinas pasadas; o en la exploración, de punta a punta, de Marruecos, de un Marruecos hermético, irritable, al que desafió solo, a pie, con un sextante y un cuaderno de notas. Y la última de todas, su instalación en el trasfondo del Sahara bajo la Cruz del Sur para abrir camino, con su obediencia y su sonrisa, a los que vendrían detrás a sembrar el Evangelio.

Esta carta fué escrita en las vísperas mismas de lanzarse a esa última empresa. Pero habla de otra aventura, la más apasionante de todas, la más humana, cuando Foucauld tenía veintiocho años y la medalla de oro de investigador, cuando no creía ni en Dios. Aventura interior.

A uno que vacila en sus convicciones más serias, Foucauld le traza el perfil de su propia alma. Alma transida de fe y de verdad, después de la prueba. Su carta es la carta de la fe y de la sinceridad. El ha descubierto estremecido que con la fe razonable, sobrenatural del cristiano nada tiene que ver la actitud religiosa de los que aún no han oído — o no han seguido — el mensaje de Cristo. Y ha tenido la terrible sinceridad de abrazarse con la lógica que esa fe recobrada le dicta: «Tan pronto como creí que había Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir totalmente para El...»

La carta está fechada a comienzos de siglo. Pero ni en Francia fué conocida hasta muchos años después. Al editarla, pensamos en la emoción con que fué leída en París hace dos años una epístola semejante, escrita en la misma época que ésta por otro gran convertido, Paul Claudel, vuelto a Dios precisamente el mismo año y pocos días después que el vizconde de Foucauld.

Notre-Dame - des - Neiges, 14 de Agosto de 1901

Querido amigo:

(Comienza agradeciendo un regalo de libros, y entra en materia)

...Me dice usted que su fe ha quedado quebrantada. Permitame que le diga que cuando se ama la verdad como usted la ama, y se tienen todos los medios para conocerla, se la encuentra siempre: así que no siento ninguna inquietud por usted... Déjeme que le hable con toda sencillez. Monje, que no vivo más que para Dios, que amo por El a las almas con todo el ardor de mi corazón porque son su imagen, su obra, sus hijos tan queridos, hechos para ser eternamente «Dios por participación» como El lo es por esencia, rescatados con la Sangre de Jesús...; no puedo hablarle ni pensar en usted sin desearle ardientemente el único bien que deseo para mí: Dios, Dios conocido, amado y servido, en el tiempo y en la eternidad.

...Comenzaré, como Eulogio, por hacer mi confesión: su fe sólo se ha visto sacudida; en cambio la mía desgraciadamente estuvo muerta largos años: durante doce años viví sin ninguna fe; nada me parecía suficientemente probado; la fe igual con que se siguen religiones tan diversas me parecía la condenación de todas; de la de mi infancia especialmente, inadmisibile con su $1 = 3$ que no me podía resolver a aceptar; el islamismo me agradaba mucho, por su simplicidad, simplicidad de dogma, simplicidad de jerarquía, simplicidad de moral, pero veía claramente que carecía de fundamento divino y que allí no estaba la verdad; cuanto a los filósofos, están todos en desacuerdo: permanecí doce años sin negar nada, sin creer nada, desesperando de encontrar la verdad. Ni en Dios creía, pues ninguna prueba me parecía bastante evidente... Todo lo que dijo Eulogio de sí, lo puedo decir yo de mí mismo; vivía como se puede vivir cuando se ha extinguido la última chispa de la fe... ¿Con qué milagro me ha traído la misericordia divina desde tan lejos? No puedo atribuirlo más que a una cosa, a la Omnipotencia y a la Bondad infinita de Aquél que ha dicho de sí mismo: *porque es bueno, porque es eterna su misericordia...* [Daniel, 3⁸⁹].

Cuando me hallaba en París, ocupado en imprimir mi viaje a Marruecos, me encontré con personas muy inteligentes, muy virtuosas y muy cristianas, y me decía – perdone la expresión, no hago más que repetir en voz alta mis pensamientos – «que tal vez no fuera absurda esa religión»; al mismo tiempo una gracia interior me impulsaba con fuerza extraordinaria; me decidí a frecuentar la iglesia, sin creer en nada; sólo allí me encontraba bien, repitiendo durante largas horas esta extraña oración: «¡Dios mío, si existes, haz que yo te conozca!»... Me vino entonces la idea de que era menester instruirse en aquella religión donde tal vez se encontrara esa verdad de que yo desesperaba; y me dije que lo mejor sería recibir lecciones de religión católica como las había recibido de lengua árabe; y así, empecé a buscar un sacerdote bien formado, como antes había buscado un buen *thaleb*...

Me hablaron de un sacerdote muy distinguido, antiguo alumno de la Escue-

la normal; fui a su confesionario y le dije que no venía a confesarme, porque no tenía fe, sino que deseaba recibir instrucción sobre la religión católica... El Señor, que había comenzado la obra de mi conversión impulsándome con impetu casi irresistible hacia la iglesia, la supo terminar: el sacerdote desconocido a quien El me había encaminado, que unía a una gran formación una virtud y una bondad mayores aún, llegó a ser mi confesor, y desde entonces – han pasado quince años – es mi mejor amigo... Tan pronto como creí que había Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa sino vivir totalmente para El: mi vocación religiosa y mi fe datan de la misma hora: ¡es tan grande Dios! ¡hay tanta diferencia entre Dios y todo lo que no es El!...

Al principio, mi fe tuvo muchos obstáculos que vencer; yo que había dudado tanto, no le creí todo en un día; ahora eran los milagros del Evangelio los que me parecían increíbles; después quería entremezclar pasajes del Koran en mis oraciones. Pero la gracia de Dios y los consejos de mi confesor disiparon esas nubes...

Deseaba yo ser religioso, no vivir más que para Dios, y hacer lo más perfecto, fuese lo que fuese... Mi director me hizo esperar tres años; a pesar de mi afán de «m'exhaler devant Dieu en pure perte de moi» como dice Bossuet, no sabía qué orden escoger: el Evangelio me había mostrado que «el primer mandamiento es amar a Dios con todo el corazón», que había que encerrarlo todo en el amor; y el amor tiene por primer efecto la imitación; entraría, pues, en la Orden en que encontrase la imitación más exacta de Jesús... No me sentía hecho para imitar su vida pública de predicación; debía pensar por tanto en la vida oculta del humilde y pobre obrero de Nazareth. Me pareció que la Trapa era la que mejor llenaba este ideal.

(Habla ahora de sus años en la Trapa de Armenia y en Nazareth; y prosigue:)

...Acabo de ser ordenado de sacerdote, y he hecho ya las gestiones para ir a continuar en el Sahara «la vida oculta de Jesús en Nazareth», viviendo en la soledad, en pobreza, en trabajo humilde como Jesús, tratando de hacer el bien a las almas no con la palabra sino con oración y penitencia, con la celebración del Santo Sacrificio y la práctica de la caridad... Es posible que cuando usted reciba ésta, me halle ya fuera de Francia, porque acaba de ser nombrado el nuevo obispo del Sahara, un Padre Blanco, y si no pone el veto a mis proyectos me llamará a Argel para entenderse conmigo...

¿Por qué le he escrito tan larga confesión? Porque me ha parecido, por sus dos cartas, que hoy algunos trazos de ligera semejanza entre su estado de alma y el que yo tenía hace quince años – semejanza muy ligera, afortunadamente, porque su fe está sólo vacilante, mientras que la mía estaba muerta – ; y sobre todo porque su vida está llena de buenas obras, y la mía era por desgracia todo lo contrario... La paz infinita, la luz radiante, la felicidad inalterable de que gozo desde hace doce años, las encontrará usted también si recorre el camino

que el Señor me hizo seguir a mí: orar, orar mucho; escoger un confesor con gran cuidado y seguir fielmente sus consejos como se siguen los de un buen profesor; leer, releer, meditar el Evangelio y esforzarse por practicarlo. Con estas tres cosas, no podrá por menos de llegar rápidamente a esa luz que transforma todas las cosas de la vida y hace de la tierra un cielo por la unión de nuestras voluntades con la de Dios... Jesús lo ha dicho: su primera palabra a sus apóstoles, su primera palabra a todos los que tienen sed de conocerlo es ésta: *Venid y ved* [Juan, 1, 39]; comenzad por «venir», siguiéndome, imitándome, practicando mis enseñanzas; y enseguida «veréis», gozaréis de la luz, en la misma medida en que hayáis practicado... *Venite et videte*, he experimentado de tal forma la verdad de estas palabras, que le escribo esta carta sólo para decírselas...

¿Qué importa que la falta de fe sea general, que sólo crean y recen las mujeres y los niños? Si nuestra religión es la verdad, si el Evangelio es la palabra de Dios, hemos de creer y practicar aunque nos quedemos totalmente solos. Pero la falta de fe no es tan universal como parece. Elías también se creía solo, y no sabía que Dios se había reservado otras almas que no habían doblado la rodilla ante Baal... Yo lo admiro a usted por su ciencia; ha profundizado usted en la escolástica mejor que muchos benedictinos; pero no es ahí, lo sabe ya por experiencia, donde se encuentra la luz: se encuentra en la oración, «pedid y recibiréis»; se encuentra en la perseverancia en seguir los consejos de un buen confesor, «quien os escuche a vosotros, a mí me escucha»; se encuentra en la imitación de Jesús, «si alguno me quiere servir, que me siga»... Y haciendo estas tres cosas, se entra infaliblemente en plena luz, que nos hará decir con David: *Sea la noche mi luz en torno mío* [Ps. 138¹¹] porque Jesús lo ha prometido: «el que venga a mí, no será rechazado».

...Su humilde servidor...

Carlos de Foucauld

